

*¡Dios
mío,
ayúdame!*

SEGÚN 1 Y 2 SAMUEL

“Estoy fracasando como padre”

Los hijos de Elí eran hombres impíos, y no tenían conocimiento de Jehová (1 Samuel 2.12); Pero Elí era muy viejo; y oía de todo lo que sus hijos hacían con todo Israel,... Y les dijo: ¿Por qué hacéis cosas semejantes? Porque yo oigo de todo este pueblo vuestros malos proceder. No, hijos míos, porque no es buena fama la que yo oigo; pues hacéis pecar al pueblo de Jehová. Si pecare el hombre contra el hombre, los jueces le juzgarán; mas si alguno pecare contra Jehová, ¿quién rogará por él? Pero ellos no oyeron la voz de su padre... (1 Samuel 2.22–25).

Lectura de fondo: 1 Samuel 2.12–36; 4.1–22.

Una madre angustiada me repitió primero el dicho que dice: “Primero los tienes en tus manos; después, en tu corazón”. La conducta errada de sus hijos crecidos, extraviados, le había amargado aún más su ya triste corazón.

Son incontables los padres que se encuentran en la misma situación. Con todo y sus problemas, muchos también se debaten bajo el peso de la culpa por la crianza de sus hijos. Sean sus hijos preadolescentes, adolescentes, o ya maduros, muchos padres creen haber fracasado.

Lo más probable es que cierta parte de estos sentimientos de culpa tenga su razón de ser; no hay padres perfectos. Las deficiencias en la habilidad para servir como padres, pueden ser causadas por la obstinación, la ignorancia o el egoísmo.

Es más triste todavía, cuando los hijos ya se han ido del seno de sus padres. Los padres pueden estar teniendo un sentimiento de mucha culpa, y a la vez, de poca capacidad para remediar la situación en la que se encuentran sus hijos.

¿Cómo puede un padre que se siente fracasado hacerle frente a tal situación? ¿Existe la posibilidad de resignarse a vivir con lo que parece un completo fracaso? ¿Será posible superar los sentimientos de fracaso y de triunfo del pasado? Dios debió haber estado pensando en los padres que se sienten fracasados cuando guió al escritor inspirado a escribir la historia de Elí.

EL PADRE QUE FRACASÓ

De acuerdo con los estándares de hoy día, Elí era un hombre de gran éxito en su profesión. Él era juez y sumo sacerdote de Dios, respetado en gran manera por el pueblo. El relato bíblico muestra a Elí como un hombre que había tenido muchos logros, pero que también había fracasado como padre. Sus errores y la causa de ellos constituyen un provechoso material de estudio para los padres modernos.

Poseedor de ciertas habilidades y de un sólido carácter, Elí fue el primer sumo sacerdote que era descendiente de Itamar, el cuarto hijo de Aarón. Antes de él, todos los sumos sacerdotes habían sido descendientes de Eleazar, el tercer hijo de Aarón.¹ Mediante la elección de Elí, de la familia de Aarón, se demostró que él era capaz de guiar al pueblo de Dios.

¹ Después de que Nadab y Abiú murieron, Eleazar pasó a ocupar un puesto más importante. Él e Itamar ministraban en el cargo de sacerdotes. Los descendientes de Itamar parecen haber ocupado el puesto principal entre los sacerdotes, a partir de Elí, hasta el ascenso al trono, de Salomón. (James Orr, gen. ed., *International Standard Bible Encyclopedia*, vol. 2 [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1955], s.v. “Eleazar,” by S.F. Hunter.)

Elí era un hombre dedicado a Dios y al servicio de éste. Su gran preocupación era el tabernáculo y la utilización de éste en el servicio a Dios. El hecho de que durmiera en la casa de Dios es una indicación de cuál era su prioridad más alta (1 Samuel 3.3–5).

La dedicación de Elí también se muestra en su último acto en vida, cuando él oyó las angustiantes nuevas de la guerra contra los filisteos. El ejército de Israel había huido de delante de los filisteos, sufriendo gran mortandad. Entre los muertos estaban los dos hijos de Elí, Ofni y Finees. Además de esto, el arca de Dios había sido tomada por los filisteos de manos del ejército de Israel. Un mensajero le estaba dando las nuevas de todo lo que había sucedido a Elí. “Y aconteció que cuando él hizo mención del arca de Dios, Elí cayó hacia atrás de la silla al lado de la puerta, y se desnucó y murió;...” (1 Samuel 4.18).

A Elí no le perturbó tanto la noticia de la pérdida de sus hijos ni la de la derrota sufrida por el ejército. Para Elí, las más terribles nuevas fueron las de la pérdida del arca del pacto.

LOS HIJOS QUE FUERON MALOS

A pesar de la bondad y dedicación de Elí, sus dos hijos no eligieron seguir su ejemplo. El escritor inspirado los llamó hombres impíos. Eran egoístas e inmorales, despreciaban a Dios y al hombre. Esta característica muestra que las vidas de ellos eran desagradables delante de Dios.

¿Cómo pudo este talentoso, piadoso y diligente hombre llegar a tener hijos tan malvados? Sus errores se originaron en el no haber honrado a Dios correctamente. Cuando Elí estaba ya avanzado en años, un hombre de Dios cuyo nombre no se menciona, había visitado a Elí, y le había dado las trágicas nuevas. A Elí se le había dicho que su casa acabaría con la muerte de sus dos hijos un mismo día. La razón que el Señor le dio para castigarlo es esta: “... yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco” (1 Samuel 2.30). No se nos dice exactamente cómo fue que Elí no honró a Dios. No obstante, es probable que hallemos razones para su fracaso cuando analicemos nuestro fracaso.

A nosotros, como padres que somos, se nos manda honrar a Dios (Proverbios 3.9; Juan 5.23). La honra que estamos llamados a darle a Dios es semejante a nuestra obligación a honrar a nuestros padres. Cuando aprendamos a honrarlos, entenderemos mejor cómo honrar a Dios. La obediencia es parte de esta honra. Los hijos deben honrar a sus padres porque la relación con ellos conlleva la obediencia y requiere de ésta (Efesios 6.4).

Obedecemos a nuestros padres porque respetamos sus deseos y órdenes. ¿No merece Dios muchísimo más que esto?

Honramos a Dios con nuestras palabras. Los judíos de antaño ni siquiera se atrevían a pronunciar el nombre de Jehová, por temor a que pudieran tomarlo en vano (Éxodo 20.7). La gente de hoy día se ha comportado de modo exactamente opuesto. Usan el nombre de Dios hasta para insignificantes juramentos y exclamaciones. Los hombres antes se disculpaban con las mujeres por maldecir delante de ellas. Hoy día es común que las mujeres utilicen un vocabulario al mismo nivel de profanidad del de los hombres. Debemos recordar que el Señor “no dará por inocente... al que tomare su nombre en vano” (Éxodo 20.7b).

Elí también falló al honrar demasiado a sus hijos. Les dio a sus hijos lo que le debía a Dios (1 Samuel 2.29). Es probable que nunca sea demasiado el amor que les tengamos a nuestros hijos, pero sí puede ser un amor equivocado.

Los padres pueden creer que están amando a sus hijos cuando tratan de protegerlos de toda experiencia desagradable o dolor. Deben entender que a los hijos no se les puede proteger de los eventos difíciles que entraña el crecimiento. Recuerdo bien una ocasión cuando nuestro hijo tenía un mes de nacido. Él requería que se le inyectara una vacuna contra varias enfermedades de los niños. Cuando la aguja lo penetró, lloró con grandes gritos. Su madre lloró también. Ella aborrecía el verlo sufrir; pero si él no hubiera sido lastimado por esta inyección, podría haber contraído la difteria o el tétano e incluso haber sufrido consecuencias fatales. Permitimos que sufriera aquel dolor porque fue una parte necesaria de la vida.

Si los padres privan a sus hijos del dolor de la disciplina, estarán siendo poco amables con éstos. No toda disciplina conlleva castigo corporal, pero toda disciplina requiere de alguna forma de privación. Tal dirección paternal es absolutamente necesaria para el bienestar espiritual, mental y físico del hijo. David no vivió para ver el trágico fin sufrido por su hijo Adonías. La rebelión y engaños de Adonías lo llevaron a su muerte (1 Reyes 2.28–33). Las semillas de este triste evento fueron plantadas en la niñez de Adonías: “Entonces Adonías hijo de Haguit se rebeló, diciendo: Yo reinaré... Y su padre nunca le había entristecido en todos sus días con decirle: ¿Por qué haces así?...” (1 Reyes 1.5–6). Esta omisión fue también el pecado de Elí. Dios le dijo a Elí, a través del joven Samuel, lo siguiente: “Y le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque

sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado” (1 Samuel 3.13).

Ha surgido en tiempos recientes, un concepto de disciplina llamado “amor con rigor”. Éste ha sido eficaz para ayudarle a ciertos padres a disciplinar adolescentes rebeldes. Los padres al principio les imponen reglas firmes para el comportamiento. Este comportamiento es claramente entendido por los padres y los hijos. Los padres lo refuerzan con acciones. Si las reglas son quebrantadas, un castigo inmediato y severo seguirá. Este concepto, el cual es bíblico, ha probado ser bastante eficaz, y a menudo ha servido de solución para crisis familiares. Este “amor con rigor” es lo que Salomón prescribió en Proverbios 23.13–14:

No rehúses corregir al muchacho;
Porque si lo castigas con vara, no morirá.
Lo castigarás con vara,
Y librarás su alma del Seol.

LA LECCIÓN PARA LOS PADRES

El ser religiosos no garantiza que tendremos éxito como padres. Nadie podía haberle ganado a Elí en cuanto a dedicación a Dios. Esta dedicación no fue suficiente, pues es posible ser religioso y, a la vez, no ser justo. Nos hubiera gustado pensar que la dedicación de Elí al tabernáculo y al arca del pacto fueran más que simples manifestaciones externas de su dedicación a Dios, pero este no parece haber sido el caso.

Hasta el observador casual puede hallar padres religiosos que han fracasado por las mismas razones que Elí fracasó. Elí no cimentó su vida familiar en su relación con Dios. No hay quien se pueda salir con la suya sustituyendo una semana de vida justa con unas pocas horas de culto a la semana.

Muy a menudo, esta falta de justicia se racionaliza. Hay quienes dicen: “No estoy pasando mucho tiempo con mi familia, pero todavía voy a la iglesia”. ¿No podía haber dicho Elí: “No me va bien con mis hijos, pero todavía estoy ocupado en el tabernáculo”? La religión de uno no podrá tener validez si descuida alguna de las grandes responsabilidades de la vida, incluyendo la de ser padres (Santiago 1.27).

Es probable que Ofni y Finees aprendieran estas lecciones erradas de Elí. Si Elí podía separar su vida familiar de su religión, ¿no podían ellos separar la moralidad de la religión de ellos?

Los hijos por lo general adoptan los verdaderos valores de sus padres

Es vital enseñarles valores a los hijos. Dios

elogió esta cualidad en Abraham (Génesis 18.19). Moisés también incluyó lo siguiente como parte de la ley: “Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos...” (Deuteronomio 6.6–7). La instrucción verbal por sí sola no es suficiente. Es cierto el dicho que dice: “Lo que haces resuena con mayor fuerza que lo que dices”. Pablo recalcó la necesidad del ejemplo: “Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced;...” (Filipenses 4.9). Ya alguien lo dijo: “Los niños por lo general hacen lo que ven que a sus padres les gusta hacer”.

No hay posibilidad de que la enseñanza oral pueda superar la influencia de un mal ejemplo. Una vez oí de un predicador y su esposa que criticaban a los ancianos de la iglesia. Su hijo de cuatro años miraba y escuchaba. Éste sorprendió a sus padres cuando dijo: “Sencillamente odiamos a esos ancianos, ¿verdad?”. El ejemplo de ellos le había transmitido al hijo un mensaje incorrecto y dañino.

La responsabilidad reside al final de cuentas en cada persona en particular

Hay ciertos padres que pueden estar llevando un peso de culpa demasiado grande como para llevarlo a costas. No hay duda de que los padres les enseñan a sus hijos y ejercen influencia en ellos. Ellos son responsables de que se les haya expuesto a valores y actitudes correctos. No obstante, son los hijos los que al final deciden los valores y actitudes por los que registrarán sus vidas. Es cuando toman esta decisión que comienzan a ser responsables de sus actos.

Un interesante ejemplo de esto se observa en el Antiguo Testamento:

Primera generación: Abiam fue un rey impío (1 Reyes 15.1–3). Él tuvo un hijo llamado Asa.

Segunda generación: Asa, quien fue un buen hombre (1 Reyes 15.11), tuvo un hijo llamado Josafat.

Tercera generación: Josafat también llegó a ser un buen hombre (1 Reyes 22.41–43). Éste tuvo un hijo llamado Joram.

Cuarta generación: Joram, quien llegó a ser un hombre malvado (2 Reyes 8.15–18), tuvo un hijo llamado Hazael.

Quinta generación: Hazael llegó a ser un hombre malvado (2 Reyes 8.25–27).

Lo anterior demuestra que los hombres buenos pueden tener hijos buenos o malos, y que los hombres malos pueden tener hijos buenos o malos. La enseñanza e influencia de los padres son de importancia extrema, sin embargo, ellas por sí solas

no determinan lo que una persona llega a ser. La influencia y el ejemplo pueden motivar, pero no obligar.

Seremos juzgados por nuestros propios actos, pensamientos y palabras (Romanos 14.12; Hebreos 4.12; Mateo 12.36–37). Los padres van a ser juzgados por cualquier pecado que cometan en contra de sus hijos. No obstante, los padres pueden arrepentirse de estos pecados y ser perdonados. Si los padres fueran totalmente responsables del destino de sus hijos, entonces el fracaso sería un pecado imperdonable. *Los padres pueden tener que vivir con las consecuencias de sus actos y de los actos de sus hijos, pero no con la culpa. Los hijos por sí solos son los únicos responsables de sus decisiones y elecciones.*

Hay esperanza para los padres que están fracasando

Los padres no deben permitir que su culpa los aplaste, ni deben interpretar sus fracasos como casos perdidos. En ciertos casos hay esperanza porque los hijos todavía viven bajo la influencia de los padres. Incluso los hijos mayores que ya no viven conforme a los estándares de sus padres, no constituyen casos perdidos.

Las personas pueden cambiar. No es inusual ver que alguien procure una vida espiritual más

profunda y retorne a la enseñanza espiritual de su juventud. A menudo han resultado ser ciertas las palabras de Salomón:

Instruye al niño en su camino,
Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él
(Proverbios 22.6).

Aquellos aspectos en los que los padres les pueden haber fallado a sus hijos, otros pueden haber tenido buenos resultados. Un maestro de escuela bíblica, un anciano o amigo de la familia que sea piadoso, puede a menudo ser más influyente que los padres. Los abuelos u otros parientes, a menudo tienen oportunidades de volver a poner en el camino correcto a hijos extraviados.

CONCLUSIÓN

Los padres pueden hallar ayuda, esperanza y consuelo en la oración. La oración eficaz del justo puede mucho (Santiago 5.16). Dios puede responder las oraciones de los padres con oportunidades para la edificación y el arrepentimiento de los hijos errantes. *Puede que los padres no lleguen a ver el cambio en sus hijos, pero la oración puede ayudarles a hallar consuelo en la voluntad soberana de Dios.* ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados